

En conclusión, este libro es recomendable para dos tipos de lectores: por una parte, para el que empieza a adentrarse en el pensamiento de Nietzsche. Le ayudará a familiarizarse con los temas y podrá ver la relación entre ellos. Además, a través de este conjunto de introducciones conseguirá acceder a las ediciones serias y evitará repetir los mismos errores que se han cometido a lo largo de la historia. A este respecto, se echa en falta la reciente Edición Crítica Digital de las Obras y Correspondencia de Nietzsche, eKGBW, gratuitamente accesible y que contiene aproximadamente 6600 correcciones filológicas a la *Kritische Gesamtausgabe*. Por otra parte, este libro es de interés para conocer la interpretación de Sánchez Meca respecto a los diferentes temas tratados por Nietzsche, así como su contextualización y bibliografía secundaria. Para este tipo de lector hubiera sido muy práctico un índice de palabras al final, pues, siendo así que el libro sigue un orden cronológico, hubiera hecho accesible al mismo tiempo al lector un orden temático, que no le hubiera obligado a leer la totalidad del libro.

María Guibert Elizalde. Sorbonne Université (Lettres) e Instituto Cultura y Sociedad
 mariaguibertelizalde@gmail.com

SCHUMACHER, BERNARD N.

Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea, Herder, Barcelona, 2018, 424 pp.

En *Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea*, Bernard Schumacher trata la muerte como un problema filosófico de primer orden. De ella devienen cuestiones antropológicas, sociológicas y éticas, en la que entran en juego diversos estados físicos y mentales que desdibujan lo que podría ser una delimitación clara. En la actualidad, estos problemas abarcan espacios de acción de muy diversa índole y que han actualizado un debate siempre presente en la filosofía. En ellos se presenta el problema de cómo abordar estos temas.

¿Qué conocimiento podemos tener de la muerte? Rechazando la tesis de Max Scheler de un conocimiento intuitivo de la muerte, Schumacher defiende que el trato con el otro es indispensable. Scheler aduce que la muerte es un constitutivo esencial de la experiencia de la vida. Propone una estructura tripartita en la que un sujeto tiene conciencia de su propia mortalidad a partir de la experiencia que tiene de su pasado como aquello cuyo crecimiento es indirectamente proporcional a la expectativa de futuro. Para Schumacher, esta tesis flaquea en el momento en que el sujeto queda aislado de toda otra persona, y alega que, “una mónada sin ventanas, cerrada a los otros, [no podría] conocer con absoluta certeza que es mortal” (p. 113).

De Scheler a Heidegger la tanatología adopta una perspectiva ontológica y le otorga a la muerte una presencia de carácter metafísicamente anterior. Esto es, la muerte, como morir propio, está antes de todo y es condición de la *experiencia* de todo. Heidegger la identifica como condición de la *angustia existencial*. De ahí que el *Dasein* sea, en sus palabras, un ser-para-la-muerte. Por su parte, Schumacher desecha esta tesis sobre la base de los trabajos de Lévinas, Bernard Williams y Ernst Bloch, y defiende que el ser del humano es *deseante*.

Seguidamente, Schumacher presenta la idea de la muerte como un conocimiento constitutivo de la propia persona. Esta es la tesis defendida por Marcel Conche y Gadamer. El primero hace una subversión de la proclama cartesiana *cogito ergo sum*, y sostiene que pensar en uno mismo es equivalente a pensar en uno mismo como mortal. “La muerte como tal es el horizonte del pensamiento”, parafrasea Schumacher (p. 154). Para Conche, un conocimiento *a priori* de la muerte es constitutivo de lo que un ser humano es. Y porque el conocimiento de sí es indistinguible de un conocimiento de la propia condición de mortal, deviene que la persona piense, y *piense mortalmente*. Gadamer sostiene algo semejante. Parte de la condición de arrojado del *Dasein* y defiende un conocimiento de la propia condición de mortal desde una filosofía de la *anamnesis*. Nuestra situación óptica de seres que vamos a morir no es distinta de una situación ontológica de seres que sabemos que vamos a mo-

rir. Se trata de un conocimiento de carácter ontológico que Schumacher critica fuertemente. Afirma que, “el hecho de que piense en mí mismo como mortal solo puede deducirse a partir de una experiencia de la muerte de otro [...]. Sin haber tenido tal experiencia, no puedo afirmar que mi tendencia hacia el futuro tendrá un fin” (pp. 160-161).

Como alternativa a la muerte constitutiva de la vida, Schumacher expone la tanatología sartreana según la cual, “la muerte es extrínseca a la vida”, porque aniquila todas las posibilidades de un para-sí libre (p. 164). Partiendo de su ontología de la libertad, Sartre se distancia completamente de Heidegger, y entiende que la muerte es la absoluta alienación de la persona, pues es la imposibilidad de toda posibilidad. Más aún, al interpretar que toda relación intersubjetiva está marcada por una competición flagrante, Sartre ve en la muerte la victoria del otro sobre uno. Al morir un para-sí, el para-sí muerto queda desposeído de su sentido, y pasa a ser entendido como un mero en-sí a los ojos de los demás. Así, la muerte no es à la Heidegger el horizonte de significado de la existencia, sino su pérdida. Caracterizada por la azarosidad supone la destrucción de toda posibilidad, y es completamente opuesta a cualquier proyecto de vida.

Como alternativa, Schumacher presenta la tanatología de Paul-Luis Landsberg. En ella el otro no es una amenaza ontológica, sino la revelación de mi carácter finito y de mi obligación de tener que morir. Á la Schleiermacher, Landsberg entiende que el otro recoge el compendio de “todos los otros”, y en la comunidad afectiva que se revela entre un nosotros unidos por lazos afectivos, el sujeto superviviente a la muerte de una de las partes se descubre en un estado de “infidelidad ontológica” (p. 199). La persona que sobrevive a la muerte de un ser querido se despierta de una ensoñación en la que la conciencia de la muerte es más bien una negación del tener que morir a través de un impersonal “todos morirán”.

Deviene, pues, que la pregunta de si es del todo posible un conocimiento de la muerte sobreviene a la cuestión de si es posible una fenomenología de esta. Partiendo de que el estado de muerto nos es vedado epistémicamente, Schumacher aduce que, “el reconocimiento de que hay una dimensión incognoscible [...] no constituye un

fundamento suficiente para renunciar a la especulación tanatológica filosófica, a una fenomenología de la muerte” (p. 243). Schumacher busca fenómenos que puedan recordar al de la muerte: el dormir sin sueño y la concepción. Sin reducir la muerte a ninguno de los dos, ni tratándola de explicar a partir de ellos, describe ambos episodios en lo que estos tienen de descriptibles, y busca un punto de anclaje sobre el que construir una fenomenología: el paso de la vigilia al sueño, y a la inversa, de la nada al ser. En ambos se da un paso que nunca es voluntario y que elude absolutamente toda intencionalidad.

Adoptando una posición experiencialista sobre la muerte, Schumacher analiza la plausibilidad de la tesis epicúrea y centra su último capítulo en la hipótesis de esta como un mal por privación. ¿De qué priva exactamente la muerte, y es la muerte siempre un mal? Schumacher pasa de una primera aproximación centrada en los placeres y bienes en vida, al análisis de deseos hipotéticos, anclados en el tiempo-vivido, y categóricos, trascendentes de la esperanza de vida (pp. 306-311). Seguidamente, Schumacher, defensor de la muerte como un mal en sí misma, adopta la posición de Thomas Nagel, y arguye que la diferencia entre lo que se entiende por muerte accidental y muerte natural no es más que una diferencia aparente entre dos males. Para Schumacher, igual que para Nagel, “no hay diferencia real entre estas dos muertes, pues ambas implican privación del sujeto” (p. 243).

Pero el definir la muerte como un mal debido a su carácter privativo, conlleva preguntarse si el estado de no-existencia previo a la concepción es igualmente otro mal. Schumacher analiza la tesis de Lucrecio y especialmente el tratamiento que recibe de Nagel, y alega que, mientras la muerte es, á la Sartre, la imposibilidad de toda posibilidad, la preconcepción es en cambio la posibilidad de toda posibilidad.

Pablo Ilian Toso Andreu. Universidad de Zaragoza
pablo.ilian.andreu@gmail.com